

LIBRARY
UNIVERSITY OF
TORONTO

13.119

14.8

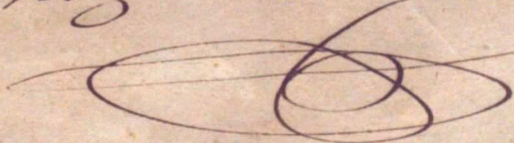
B

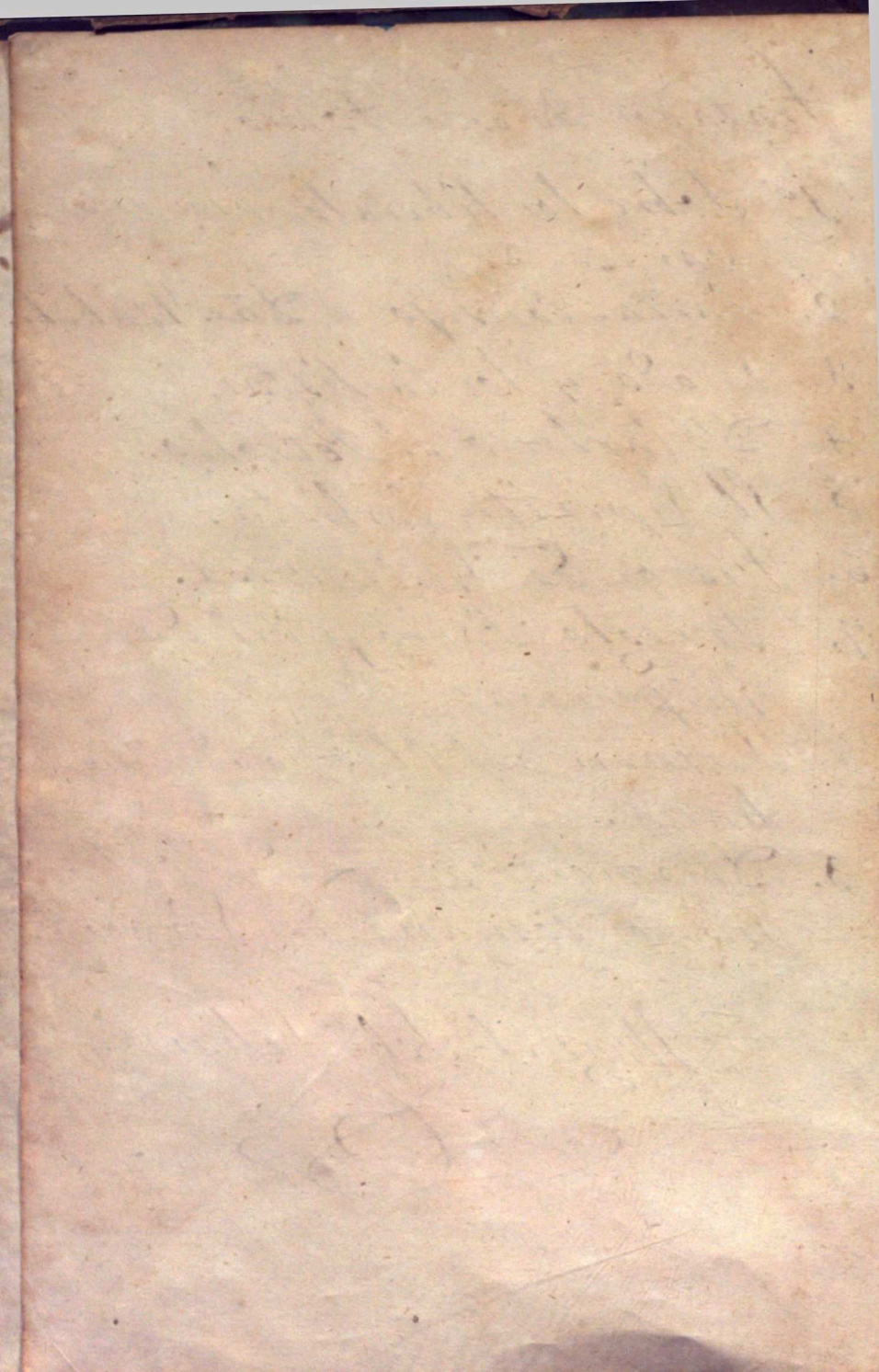
re be

Índice de este tomo.

- 1.º Sobre los liberales sin máscara.
2. Carta- Consejo a D^{na}. Ysabel.
3. Escoda y los Carlistas.
4. D.^{no} Carlos o el Petroleo.
5. El Espiritu Carlista.
6. Fueros de Guipuzcoa.
7. Arreglo Parroquial de Guipuzcoa.
8. Sermón del Obispo de Habana.
9. Desamortizacion de los terminos comunes de Navarra.

Miguel Seb.^{no} Lcharri.





1133/2105(9)
SERMON

predicado por el Exemo. é Illmo. Sr.

OBISPO DE LA HABANA,

EN LA GRAN SOLEMNIDAD

DE ACCION DE GRACIAS AL TODOPODEROSO

POR HABER ENTRADO

EN EL VIGESIMOSESTO AÑO DE SU PONTIFICADO

NUESTRO SANTISIMO PADRE

PAPA PIO IX,

CELEBRADA POR EL PUEBLO DE MADRID

EL DIA 18 DE JUNIO DE 1871

EN LA

IGLESIA DE SAN ISIDRO EL REAL.



Jacinto de Peñacerrada, Capuchino

MADRID:

IMPRESA A CARGO DE D. A. PÉREZ DUBRULL.
Calle del Pez, 6, principal.

—
1871.

R. 64937

SECRET

GRISTO DE LA HABANA

IN THE DEPARTMENT OF THE INTERIOR
AT THE OFFICE OF THE SECRETARY OF THE INTERIOR
WASHINGTON, D. C.

THE SECRETARY OF THE INTERIOR
HAS RECEIVED FROM THE
COMMISSIONER OF THE GENERAL LAND OFFICE
A REPORT OF THE PROGRESS OF THE
SURVEY OF THE PUBLIC LANDS
IN THE TERRITORY OF ARIZONA
FOR THE YEAR 1880



Printed by the Government Printing Office
Washington, D. C.

Magna et mirabilia sunt opera tua, Domine Deus Omnipotens: justæ et vera sunt viæ tuæ, Rex sæculorum. Quis non timebit te, Domine, et magnificabit nomen tuum?

Grandes y admirables son tus obras, Señor Dios Todopoderoso: justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los siglos. ¿Quién no te ha de temer ¡oh Señor! y no ha de ensalzar tu nombre?

(ApoC., cap. xv, versículos 3 y 4.)

I. Así se modula en el cielo el cántico de Moisés y del Cordero: así, en el éxtasis interminable, que produce en los moradores de la verdadera tierra feliz la contemplación de las obras de Dios, se esplican en voces de alegría los sentimientos de aquellos corazones, fijos é inmortales para siempre en el objeto de su amor. Son estas voces dulces como el canto de las aves, que, situadas entre ramajes olorosos, amenizan el silencio de los valles, al derramar la aurora en la tierra las hebras de la luz, que asoma por montes no lejanos. Son sonoras y magníficas, y según se espresa el discípulo amado que las oyó, se parecen á la vez al murmullo de muchas aguas, al estruendo de los truenos y á la suave melodía de mil arpas manejadas hábilmente por otros tantos artistas (1).

Es esta la ocupación que tienen los ángeles y los

(1) *ApoC.*, cap. xiv, vers. 2.

Santos en el cielo, sin que pueda interrumpirla ninguno de esos accidentes que nos tienen en la tierra del destierro en esa triste alternativa en que vivimos los mortales; porque allí no hay, ni puede haber, llanto, ni clamores de pena, ni dolor, por haber pasado los que allí moran del destierro á la patria, del combate á la victoria, del sufrimiento á la corona, del estadio á la recompensa, y del martirio á la aureola. Allí alternan los ángeles con los hombres, y los hombres contestan á los ángeles: los hombres están oyendo aquel inefable cantar que Isaías oyó á los serafines; y apenas han concluido estos la estrofa misteriosa, entonan ellos el suyo, pues es propio de los que han sido comprados de la tierra, de aquellos que no se contaminaron, y en cuyos labios no se halló mentira (1). *Santo, Santo, Santo*, dicen los primeros; *Señor Dios de los ejércitos, llena está la tierra de su gloria* (2); y al momento, conmovidos de gozo los quicios de las puertas de zafiro y esmeralda, y llena la casa de Dios de suavísimos vapores de gloria, resuena todo su ámbito con la respuesta de todos los justos, que dicen así: *Grandes y admirables son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, ¡oh Rey de los siglos! ¿Quién no te ha de temer, oh Señor? ¿Quién no ha de ensalzar tu nombre?*

¡Oh goces del cielo! ¡oh grandezas de la patria! Yo os contemplo y os saludo; pero no puedo describiros, porque *ni ojo vió, ni oído oyó, ni corazón humano puede rastrear lo que Dios tiene preparado para los que le aman* (3). Entre tanto, mis amados hermanos, si no puedo describiros lo que pasa en el cielo, no puedo menos de deciros que aviveis vuestra fe y eleveis

(1) *Apoc.*, cap. xiv, versículos 4 y 5.

(2) *Is.*, cap. vi, vers. 3.

(3) *I Cor.*, cap. ii, vers. 9.

vuestras miradas hácia la tierra de los vivientes, bajándolas en seguida para contemplar lo que pasa hoy en la tierra de los desterrados.

¡Qué espectáculo tan sorprendente! ¡Qué escena tan conmovedora, tan universal en su estension, tan unánime en su pensamiento, tan concorde en lo que en ella se pide, y tan afectuosa en las voces que se oyen salir de su seno! Causa esto admiracion, asombro, éstasis: es una especie de Pentecostés; es la aparicion de un dia nuevo, en el cual los pueblos de cien idiomas y de mil dialectos están diciendo una misma cosa, ejecutando una misma accion, emitiendo un mismo pensamiento. No son ya los parthos, los medos, los elamitas, y los que habitan la Mesopotamia, la Judea, la Capadocia, el Ponto y el Asia, la Frigia y la Panfilia, el Egipto, la Libia y Cirene, como el dia de Pentecostés, quienes están oyendo ensalzar las grandezas de Dios, sino que son ellos mismos los que las predicán, acompañándoles los chinos, los indostanos, los griegos, los tibetanos, los de las islas lejanas, los de todos los continentes, los del remoto Occidente americano, los del Occidente antiguo, los hijos del Albion, los de las Galias, los germanos, los groenlandos, los lusitanos y los iberos, y hasta los esquimales.

II. Y ¿qué dicen tantas lenguas? ¿qué piden? ¿de qué hablan? ¿de qué tratan? Todas están ensalzando las glorias y grandezas de Dios, y pidiéndole que siga dándolas á conocer mas y mas. *Loquentes magnalia Dei* (1): Todas están dándole gracias por un favor singular. Pero no es esto solo lo grande y admirable, amados hermanos: lo sublime, lo encantador de este espectáculo, es que, alternando los moradores del cielo con los que viven en la tierra, unidos con ellos en los mismos víncu-

(1) *Act.*, cap. ii, vers. 11.

los de caridad, repiten todos hoy un mismo cantar, rinden gracias á Dios por el mismo favor recibido, y dan al mundo creyente y al incrédulo el mismo aviso. *Grandes y admirables*, dicen todos hablando con Dios, *son tus obras, Señor, que lo puedes todo: rectos y verdaderos son tus caminos ¡oh Rey de los siglos! ¿Quién no te ha de temer?*

¿Y qué favor tan singular es ese que ha puesto en movimiento los corazones de los fieles? El mas grande que Dios ha concedido á cuantos han ejercido el altísimo cargo de Vicarios de Cristo en la tierra, despues del glorioso Príncipe de los Apóstoles. Nuestro venerable Papa Pio IX, Pontífice Máximo, ha empezado ya el año vigésimosesto de su pontificado, lo que solo habia sido hasta hoy el privilegio de San Pedro: en lo cual la Iglesia católica reconoce el dedo de Dios, esperando ademáser en esta prolongacion de la vida de Pio IX la proximidad del triunfo de ella misma y de la Cátedra apostólica sobre los enemigos de las dos.

Será este, mis amados hermanos, el objeto de este discurso, y de vuestra religiosa atencion. Para que Dios ponga en mis labios palabras de verdad y de vida; para que no se deslice mi lengua, si acaso hay en mi auditorio algunos que hayan venido con el fin con que iban los fariseos á escuchar á Jesus, os ruego que me acompañeis en mis oraciones á la Virgen María, á quien saludaremos con devocion, á fin de que ruegue por el que va á hablar de quien entre doscientos y casi sesenta Pontífices tiene derecho como ninguno á ser amado y protegido por Ella. Digámosla, pues, con el Ángel Gabriel:

Ave María.

III. La Iglesia católica está hoy como en un éstasis producido por las virtudes de la fe y la esperanza. El

mundo se halla en una especie de asombro; los hombres malos, los que hace ya algunos años están como el tigre que mide ya la distancia para saltar sobre su víctima, y chispea con sus ojos, y se relame como si la devorase ya; esos hombres, engendro de la revolucion, se encuentran como embarazados, sin atreverse á obrar y como en atonía, sin saber qué pensar, y solo pueden decirse mutuamente: «¿Qué es esto que estamos viendo? Hemos trabajado por espacio de tres lustros para sembrar por todas partes la seducción, el error y las tinieblas, y, lejos de haberlo conseguido, hemos sido ocasion de que hayan visto los pueblos una grande luz, conociendo una verdad y descubierto una superchería. Hemos apelado á intrigas tenebrosas, á combinaciones políticas, amasadas con la levadura del mas exquisito maquiavelismo, para ir preparando la ejecucion del gran proyecto, proyecto que nos dejaron en testamento esos grandes héroes de la seducción y la tiranía, y no nos han dado resultado: hemos apelado á lo que nos parecia el medio mas certero para conseguir nuestro fin, hemos echado mano de la fuerza brutal, hemos levantado nuestra mano, nuestro brazo hercúleo, para aplastar al que queríamos devorar; y... ¿qué es esto? El brazo está levantado sin poder caer. ¿Quién nos detiene? ¿Quién nos sujeta? ¿Quién nos ha dado esta inmovilidad?»

Esto es lo que repiten en estos momentos los que, proclamando un derecho nuevo para los pueblos, el de derribar las instituciones sociales, el de constituirse á su manera, el de reconocer la legalidad en la fuerza brutal, y la legitimidad en los hechos consumados, y el de no intervenir en los negocios de las naciones, aunque estas rechacen al padre y lo sustituyan con el tirano y usurpador, y aunque se debatan entre rios de sangre, han intentado desmoronar el Trono, en el cual quiso Dios ser representado en la tierra. Y mientras

ellos hablan así, están, los que con apatía sacrílega han favorecido sus planes malvados, mirando con asombro lo que ellos no creían jamás que pudiera suceder: «¿Qué es esto, se dicen? Nosotros, que dirigíamos miradas torbas y hasta chispeantes hácia el Solio de donde salían reprensiones severas contra nuestras injusticias, y que por mas que nos habíamos empeñado, siquiera en coartar el poder de quien se sentaba en él, nada hemos conseguido; nosotros, que habíamos declarado que era de derecho natural respetar la conciencia pública de los pueblos y no oponernos á sus levantamientos y á las ruinas que causasen, aunque fuesen derribados cuatro Tronos, aunque se bañase la tierra en lagos de sangre; nosotros, que establecimos por nuestro silencio el derecho de la usurpacion, del robo, del latrocinio, del despojo de los débiles, y lo hicimos porque nuestros ejércitos, nuestras naves y nuestra fuerza nos garantian que ese nuevo derecho no habia de llegar á nuestra propia casa; nosotros, que en el dia de un horrendo sacrilegio dijimos alegres y ufanos que la obra estaba consumada, y que era necesario respetarla; que la revolucion habia triunfado, y nos habia librado ya de oír aquella voz que reprende toda injusticia y condena toda iniquidad, ¿cómo nos hemos engañado? ¿Cómo vemos que la revolucion se ha quedado inmoble como la piedra, sin atreverse á dar su último paso? ¿Cómo oímos todavía los ecos terribles de esa voz?»

Criminales son estos dos diálogos: en el primero resalta el crimen de la accion, y en el segundo el de la contemporizacion, el del silencio, el de la apatía, el de haber sido causa moral del atentado mayor que han visto las generaciones de once siglos. Pero, en oposicion á esa conversacion que tienen esos dos grandes criminales, el que obró y el que se contentó con ser un simple espectador, se oyen los ecos de otra conversacion en

la cual se notan la alegría, el amor, la sorpresa agradable, la ternura, la esperanza y la fe, y al propio tiempo un asombro plácido y alegre por haberse equivocado, y por no haber salido las cosas conforme lo habia aconsejado el temor que se derramó por todas partes al oír que habia en la tierra unos como nuevos Omars, unos como nuevos agarenos, y unos como nuevos hijos de la Gothia y de las antiguas selvas de la Tartaria.

IV. No debe sorprender á nadie que los hijos de la Iglesia católica hayan tenido por algun tiempo sus corazones oprimidos y vacilantes entre lo que habia ocurrido y lo que podia acontecer. ¿Qué habia acontecido? Habian visto el desenlace de una conjuracion tramada por manos tan astutas como enmarañadoras y fuertes: como que se habia trabajado á lo Porfirio, á lo Juliano, á lo Diocleciano. Á la conjuracion tenebrosa habia sucedido la intriga; á la intriga, la corrupcion de las ideas de lo justo y lo legítimo; á la corrupcion de unos principios, la publicacion de otros que favorecian las pasiones del pueblo y le abrian campo á la rebellion, á la sublevacion y á la rapiña: á esto se siguieron las invasiones manifiestas, y despues se presentó sin pudor ni vergüenza la hipocresía, siguiéndola el sarcasmo, y acto continuo apareció la brutalidad desarrollando fuerzas espantosas para desmoronar, derribar y reducir á polvo la ciudad escogida, y aplastar al que la da vida y animacion. ¿Quién no habia de temblar? Asestáronse piezas de batir contra los reales de los Santos; cayeron las bombas á centenares sobre los sepulcros de los Apóstoles: fueron á tierra las murallas que los defendian: entraron en Roma bandadas de parricidas desplegando una bandera que es, hoy por hoy, emblema de ambicion, de hipocresía, de perjurio y de deslealtad, siendo así que por su enseña y su color debia serlo de justicia y de fidelidad. Los templos se vieron profanados, las ca-

sas robadas, y al fin de tanto sacrilegio el mismo Vicario de Cristo se encontró preso y cautivo en medio de los invasores.

Al temor de lo pasado sucedia el espanto del porvenir: el amor del pueblo católico producía en los corazones la tristeza, por asaltarle la misma idea que tenían los enemigos del Vicario de Cristo, la cual era para estos un motivo de alegría diabólica. «¡Ay! decían los ánimos afligidos: el Vicario de Cristo está rodeado de sus enemigos; estacionan estos alrededor de su morada; lo han dejado sin libertad, sin independencia; espían sus movimientos, lo insultan y lo befan, y tendrá que abandonar su Cátedra y andar errante sobre la haz de la tierra, refugiándose en países lejanos y sin saber á qué príncipe pedir auxilio, pues todos son, ó cismáticos, ó herejes, ó filósofos, ó indiferentes, y aun los hay escomulgados. ¿Qué ha de ser de nuestro Padre? ¿Qué suerte cabrá al que hace las veces de Dios en la tierra? Además, añadian, hay una frase tradicional cuyo solo eco envuelve nuestras almas entre el negro crespon de la tristeza mas honda. El mismo Padre Santo la sabe: él la ha oído: al ceñir por primera vez la tiara, oyó repetir aquellas palabras que le decían: *no verás los días de Pedro*; y esta frase era una saeta que tenía traspasados los corazones de los hijos de la Iglesia católica. «El Padre Santo, se decían unos á otros, ha entrado en el año vigésimoquinto de su pontificado, y tiene que doblar muy pronto su augusta frente á la inexorable Parca. ¿Qué será de nosotros? ¿En qué orfandad vamos á caer? ¿Qué alegría no han de tener los incircuncisos? Ellos mismos publican lo que han de hacer entonces: ellos mismos peroran con complacencia que aquel día es el de su triunfo, pues impedirán que Pedro tenga un sucesor.

¿Qué acentos debían suceder á estos, mis amados

oyentes? Eso lo sabeis vosotros tan bien como yo: los de la oracion; y lo sabeis, porque estos acentos han salido de vuestros corazones, y los habeis exhalado enviándolos al cielo. *Señor, habeis dicho: no se burlen de nosotros nuestros enemigos, pues no queda confundido quien confía en Ti* (1). *¡Oh Dios! los agarenos y los extraños han dicho; Hagamos que sea nuestra herencia el santuario de Dios; vuélvelos, Señor, como una rueda, y hazlos como una pavesa delante del viento, para que sepan que Tú te llamas SEÑOR* (2). *Faraon, el enemigo, dijo: Lo perseguiré y lo cogeré; me enriqueceré con sus despojos; se saciará mi alma; desenvainaré mi espada, y lo mataré con mi propia mano: que caiga, Señor, sobre él el miedo y el pavor, y quede inmóvil como una piedra* (3).

Hé ahí las voces que salen desde hace nueve meses de todo el pueblo católico, el cual, por cierto, no ha visto defraudadas sus esperanzas. Hoy día, mis amados hermanos, este pueblo se admira de sí mismo, al ver que temió cuando sabia que nadie que espera en Dios queda confundido: este pueblo de fe y de esperanza no acierta á esplicar lo que le ha sucedido. Está viendo que no se han cumplido sus temores, y que el sucesor de Pedro se presenta grande, majestuoso, glorioso y magnánimo como nunca, sentado con calma y serenidad sobre la roca de Sion, y no sabe decir mas que una palabra: *¡milagro!* Está viendo que el gran Pio es el asombro del mundo, pues el tiempo, este agente poderoso que todo lo destruye, ha doblado su rodilla delante del personaje mas admirable que hay hoy en la tierra; y que la Parca, que tan astuta es para deslizarse por todas partes con su guadaña, ha huido avergonzada por su ineptitud.

(1) *Ps.* xxiv, vers. 3. (2) *Ps.* lxxxii, versículos 13 y 19.

(3) *Exod.*, cap. xv, versículos 9 y 16.

cia, no sabiendo cómo penetrar allí; donde hace ya diez y ocho siglos no ha permitido que nadie viviera cinco lustros. Hé ahí lo que está viendo el pueblo católico; y asombrado, gozoso, derramando lágrimas de alegría, apenas puede hacer mas que levantar sus manos al cielo, y decir al Señor en medio de su éstasis: *Tu brazo, Señor, ha sido ensalzado por tu fortaleza; tu derecha, Señor, ha herido al enemigo; Tú eres quien en medio de la gloria has echado por tierra al adversario* (1). *¿Quién se asemeja á Ti entre los fuertes, ¡oh, Señor! ¿Quién se parece á Ti, que eres magnífico en la santidad, terrible y digno de alabanza, y hacedor de maravillas* (2)?

V. Para examinar este acontecimiento, único y especial en el largo período de diez y ocho siglos, no basta la ciencia, y mucho menos esa ciencia altiva y orgullosa que se precia de saber las cosas divinas, cuando hasta ignora las humanas; es necesario, no solo tener fe, sino avivarla mucho. Para esos escépticos que destruyen todo lo que es el ornato exterior de la Iglesia católica, creyendo en su necedad que la han de destruir á ella: para esos revolucionarios, cuya ciencia es la negacion, cuya ocupacion es destruir, cuyo ámbito de accion es la materia y el materialismo, y cuya religion se reduce á un sentimentalismo vago y abstracto, á un naturalismo degradante y vergonzoso: para esos seres que tienen un entendimiento sin alas para volar al cielo, este acontecimiento no tiene significacion; pero para el pueblo católico la tiene, y muy grande; pues en vista de él, su fe se eleva á las regiones mas sublimes, y su esperanza lo lleva á tiempos ulteriores, viendo por medio de la primera de estas dos virtudes lo que está pasando

(1) *Exod.*, cap. xv, versículos 6 y 7. (2) *Exod.*, cap. xv, vers. 11.

en el cielo, y contemplando ya con la segunda lo que acontece y va á acontecer en la tierra.

Lo que está acaeciendo en el pontificado de Pio IX, así como es raro, singular y extraordinario en lo pasado y en lo presente, se manifiesta problemático en lo porvenir, si es examinado segun las reglas de la ciencia humana. Pero yo lo examino llevando en mi mano la antorcha de la fe, y deja de ser un problema lo futuro, así como no es ya un misterio lo pasado. En la Religion, mis amados fieles, no hay problemas, porque todo es cierto é infalible en ella, no dando entrada á la duda. Para ciertas gentes es un verdadero problema el conjunto de intrigas de una política subversora, cuyo único objeto es atacar las instituciones santas y legítimas, y el resultado que han de dar al postre; para nosotros, que conservamos un rescripto dado por Dios mismo, no existe tal problema. La diferencia que hay entre ellos y nosotros es tan clara y palpable, que no se oculta á nadie; ellos andan con ojos vendados, y nosotros los tenemos descubiertos; ellos marchan á tientas como un ciego, y nosotros llevamos las pupilas de nuestra alma tan tersas, tan puras y cristalinas como las de un niño, y resulta de ahí lo que dice Jesucristo con estas palabras: *Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo resplandecerá: pero si fuere malo, tambien tu cuerpo*, es decir, tus acciones, *será tenebroso: porque la linterna de tu cuerpo es tu ojo* (1).

Ved cómo el Santo Rey David resuelve este problema: «Andan los hombres impíos afanosos y solícitos poniendo en práctica cuantos medios les sugiere su odio implacable á la Religion, para ver si pueden destruirla; y como sobre sus pupilas llevan la catarata del crimen y la costra de la apostasía, no pueden ver que anda tam-

(1) *Math.*, cap. vi, vers. 22.

bien en medio de ellos aquel Ser divino, para quien no hay confines de cielo, de tierra, de abismos, de Tártaro, ni ausencia de luz, pues las tinieblas mas espesas son un resplandor perenne (1).» Decia este Santo Profeta hablando con Dios: *Sobre el mar, Señor, es tu camino, y tu sendero en muchas aguas, y no se conocerán tus huellas* (2). Siendo el andar tan majestuoso y tan sutil, y las huellas tan ligeras, que solo el que las deja las puede conocer, ¿cómo han de saber por dónde anda Dios los incrédulos que afectan negar su existencia, los de la religion del sentimentalismo, que se pavonean con palabras altisonantes, y desearian como el impío que no hubiese Dios, y los que, despreciando las luces de la revelacion, se juramentan para consumir un deicidio moral, condenando á destierro, á hambres, á cárceles, al que representa al mismo Dios en la tierra, y persiguiendo sin tregua á los que recibieron de Él la altísima mision de sostener en el mundo la verdad, la justicia, la Religion y sus derechos imprescriptibles?

VI. Verdad es que nosotros mismos, teniendo despejado nuestro entendimiento, y muy vivas y penetrantes las miradas de la fe, no podemos comprender las obras de Dios: pero con esa misma luz de la fe las examinamos y conocemos la conexion perfecta que tienen entre sí las obras divinas, y el lazo de oro que une lo sublime con lo ínfimo, lo celestial con lo terreno, las promesas de Dios con su cumplimiento. Tambien es cierto que, teniendo ciencia revelada de la omnipotencia de Dios, y de que confunde á los malos y perversos, creemos que se ha de levantar este Señor, segun la admirable expresion de David, á semejanza del héroe de fuerza hercúlea que ha comido bien, ha dormido con plácido sueño, y lleno de fuerza y de indignacion contra sus enemigos, toma

(1) Ps. cxxxviii, vers. 11.

(2) Ps. lxxvi, vers. 20.

su clava ferrada y no deja uno solo en pie en pocos momentos: *Et excitatus est tamquam dormiens Dominus, tamquam potens crapulatus a vino* (1). Así lo creemos, y al ver los desafueros de los malos; al ser testigos de sus atentados sacrílegos; al presenciar la impunidad con que los perpetran y la jactancia insolente con que insultan á los servidores del Altísimo, no podemos menos de gritar al cielo, y decir á Dios con el Profeta: *Señor, levántate: ¿por qué te estás durmiendo* (2)? Pero si bien nuestra oracion es santa y acepta á los ojos divinos, nos equivocamos en creer que Dios ha de hacer cosas grandes y ruidosas, é instantáneas, para confundir á los malvados.

No es así, no. ¿Sabeis cómo confunde Dios á los enemigos de su Iglesia? Riéndose de ellos, dejándolos que vayan urdiendo sus tramas, teniendo sus conciliábulos, calculando sus medios y formando sus planes, y aun dejándoselos ejecutar para que queden burlados todos ellos, precisamente cuando creen que han logrado su objeto. Y no hemos de suponer que *Dios se ria de nadie*, como dice San Gerónimo, *sino que nosotros hacemos cosas dignas de risa y de desprecio* (3). Y, en efecto: ¿qué cosa habria mas digna de risa que el ver que un réptil se empeñase en derribar una gran roca de granito, royéndola por el cimiento? ¿Qué cosa mas digna de irrisión que el ver al bárbaro africano echando puñados de tierra para oscurecer el sol, ó lanzando saetas contra él para quitarle las madejas de su luz? Pues eso es precisamente lo que intentan hacer los enemigos de la Iglesia católica, y Dios los deja que corroan la roca de Sion, sin mas resultado que el de perder sus dientes, y que disparen dardos contra ella

(1) *Ps. LXXVII, vers. 65.* (2) *Ps. XLIII, vers. 23.*

(3) *Coment. in Ps. II, vers. 4.*

para que den estos un rebote, y vuelvan á clavarse en el que los despidió.

El hombre que se empeñe en atacar lo que Dios ha fundado, cuando existe el rescripto del mismo que dice «no prevalecerán,» *non praevalent* (1); el que intenta trabajar en urdir lazos, en formar redes, en levantar valladares para enredar al Vicario de Cristo en los primeros, ó impedirle el paso con los segundos, desciende en el orden moral á tal grado de estupidez, que escede á la de un insecto vil. ¿No se ha de reir el Señor? ¿No se ha de burlar de tanta temeridad? Comparemos seres con seres, y objetos con objetos: mirad á una araña que fabrica la tela de su morada; con qué destreza coloca los hilos paralelos, formando despues ángulos, rectángulos y polígonos, y despues óvalos, círculos y triángulos ligados en todas direcciones. ¿Y para qué es ese trabajo hecho á sus espensas? Para saciarse luego en los jugos del insecto alado que se ha de enredar en su tela: no hay cuidado que pase alguno por su contorno que no sea su víctima: y la araña lo sabe en su instinto, que no falta jamás ni en elegir los medios ni en palpar los resultados.

No sucede otro tanto á los hombres que forman redes para enredar en ellas al Vicario de Cristo, ó para devorar á los que el mismo Jesucristo manda que vuelen como águilas por el mundo anunciando la verdad. ¡Qué afanarse esos hombres para tejer la red de la conspiracion y la trama de la ficcion! Colocan un hilo, diez, ciento, mil. «Está hecha la red, dicen, y esta vez no se nos escapará;» y entre tanto, Dios está mirando desde el cielo, y se rie al ver que han dejado olvidado un hilo, y no han sabido tejer la tela. «No tiene efugio, vuelven á decir: hemos tomado todos los caminos; el monte y

(1) *Math.*, cap. xvi, vers. 18.

el valle es nuestro; la altura y la hondonada están guardadas: no se nos escapará.» Y Dios se rie de ellos, por haber dejado las laderas sin custodia, y porque no han visto sus senderos. Así sucede, y no de otro modo; y, como lo decia el Profeta Rey: *Qui habitat in caelis irridebit eos, et Dominus subsanabit eos* (1).

¿Y no es esto mismo lo que está presenciando la Iglesia católica en estos tiempos de persecucion, que la han suscitado muchos, que no toman en sus labios las palabras de hijos muy devotos y de protectores decididos, sino para clavarla con mas facilidad el dardo de sus iras, ó para encubrir la trampa disimulada con ramajes floridos? Una conjuracion aleve se ha estado urdiendo, desde tres lustros atras, para asediar poco á poco al Romano Pontífice, y estrecharle hasta obligarle á que entrase en pactos con la revolucion antisocial, y sancionase unos principios nuevos en el órden social y político, que subvertian todos los que Dios ha revelado, los que conocemos con las solas luces de la razon, y los que ha consagrado el derecho público y de gentes. Se ha conseguido llevar la seduccion á los retretes de los grandes Consejos de los imperios, y corromper los entendimientos de los pueblos con doctrinas erróneas, pero favorables á los instintos brutales de las masas que echan en olvido la ley de Dios. Un fantasma de unidades nacionales y políticas semejantes á la que publicó Antíoco (2) para apoderarse de la Judea, de Jerusalem y de sus tesoros, empezó á aparecer como en vision á los pueblos felices que vivian en las riberas del Tíber y en las amenas campiñas del Latio. ¿Y para qué se hacia todo eso? Para tejer la red en que querian esos lobos, disfrazados con piel de oveja, que cayese el Vicario de Cristo.

(1) Ps. II, vers. 4. (2) I Mac., cap. I, vers. 43.

¿Qué decían esos hombres en sus reuniones tenebrosas? «El Papa se ha de ver obligado á entrar en pacto con la revolucion, pues los pueblos profesan el principio nuevo de nuestra política de poder constituirse á su antojo, y los soberanos el de no intervenir en negocios ajenos.» Y Dios decia desde el cielo: *No entrará.* Decian ademas: «Han de ir levantándose, una por una, las provincias, hasta que no le quede al Papa mas territorio que los alrededores de Roma; y reducido á la miseria, ha de tener que ceder en sus pretensiones de soberanía.» Y Dios decia: *No cederá.* «Lo hemos de hacer rendirse por hambre, pues no cobrará tributos ni gabelas.» Y Dios decia desde el cielo: *No se rendirá.* «Hemos de levantar ejércitos, decian los sacrilegos y los parricidas, y hemos de rodear á Roma con cerco de hierro; asentaremos cañones de batir á la nueva Tarpeya, y mientras que estos vomitan balas contra esa llamada *roca de Sion*, han de llover bombas incendiarias sobre las Basílicas, sobre el mismo Janículo, sobre el mismo Vaticano; y atemorizado el Papa, huirá y nos dejará campo abierto para apoderarnos de su tiara y ponérsela sobre nuestras sienes, y abolir para siempre su principado.» Y Dios decia: *No se atemorizará, no huirá,* y así se ha cumplido lo que decia David: *Qui habitat in cœlis irridebit eos, et Dominus subsanabit eos.*

Hé ahí, mis amados fieles, la gran red que la impiedad, cubierta de clámide de escarlata, ha estado tejiedo para coger en ella al gran Pio IX. Vosotros veáis ciertas operaciones y oíais proclamar mil axiomas falsos en Religion y en política; y, atendido á que se guardaba el secreto entre salones dorados y bajo pabellones donde alternaban dos enseñas, emblemas de sinceridad y de elevacion de miras, cuales eran una cruz y un águila, no sabíais que todo eso era la preparacion paulatina para consumir la mayor de las tiranías, el mayor

de los robos, el mas abominable de los sacrilegios. Ahora lo sabeis, y sabeis ademas que Dios se ha reido de tanta indignidad, de tanta hipocresía, de tanta innobilidad y de tanta y tan inicua trama. *Qui habitat in caelis irridebit eos, et Dominus subsannabit eos.*

Pero existia entre los revolucionarios otro pensamiento, y era el que mas los alentaba: mas esto no era un secreto, pues fue propalado cien veces, ora saliendo de aquellos cuyos labios, como dice el Espiritu Santo, no deben pronunciar mentiras ni fraudes (1), ora porque así lo gritaban á son de clarin esos órganos estipendiados para propagar el error y las malas doctrinas, los cuales algunas veces, sin darse razon de ello, echan á volar los secretos de la revolucion que los alimenta. Vosotros, por tanto, amados oyentes, érais sabedores de este secreto: vosotros lo habíais oido. «El Papa, decian los impíos, es muy viejo, y ademas lleva tantos años de pontificado, que está rayando con aquel período del cual no puede pasar. Lo sabemos muy bien, repetian: en diez y nueve siglos ninguno, sino es San Pedro, ha cumplido veinticinco años de pontificado: el *Non videbis dies Petri* se ha proclamado á los oidos de Pio IX como á los de Silvestre, á los de Pio VI, á los del sétimo; y si bien estos tocaron al vigésimocuarto, pero todos cayeron en él, y no ha de ser el actual mas que los otros. Haga, pues, el Papa lo que quiera, gritaban con orgullo: no entre en convencion, no ceda nada de sus derechos, no se rinda por hambre, no se atemorice con las bombas, no huya: en hora buena; pero el dia fatal se acerca, la muerte le amenaza; el *Non videbis dies Petri* se ha de cumplir al poco de entrar nosotros en Roma: morirá, y no permitiremos que haya eleccion de Papa: morirá, y

(1) *Prov.*, cap. xvi, vers. 10.

si eligieren otro, no entrará en Roma sino previo juramento de abdicar el poder temporal: morirá, y quedarán frustradas sus esperanzas y las de los fanáticos.» ¡Ah necedades! Sí, necedades, mis amados oyentes; Dios oía todo esto, y decia desde el cielo: *No morirá*. Y el Santo Pontífice vive, y la tierra está conmovida, y el mundo se ha puesto en movimiento, y del Oriente, del Occidente, del Setentrion y del Mediodía van todos presurosos al Vaticano á ver al Papa detenido, al Mártir del Janículo, al Cautivo de los revolucionarios; van á besarle los pies, á ofrecerle sus dones, á decirle que están todos prontos á empuñar la espada en el dia que Dios tenga señalado para el castigo de los malos empedernidos; y despues de haber visto aquella figura, juvenil aun despues de ocho décadas; despues de haber oido aquellas palabras amorosas, vigorosas, encantadoras, estasiadoras, consoladoras, salen diciendo todos: *¡Milagro! ¡Milagro! Verá los dias de Pedro*, y los pasará, y verá la ruina de sus enemigos y el triunfo de la Iglesia.» *Qui habitat in caelis irridebit eos, et Dominus subsanabit eos*. Sépanlo, pues, los impíos: Pio IX vive, Pio IX vive, Pio IX vive, Pio IX vive: sépanlo las cuatro partes del mundo: Pio IX vivirá hasta que vea el triunfo de la fe y de la justicia.

VII. Poco tengo que decir ya, mis amados hermanos, sobre lo que os sugiere la virtud de la esperanza despues de haber oido lo que todos vemos con los ojos de la fe. Cuando el venerable Pontífice ha entrado en el año vigésimosesto de su pontificado, encontrándose fuerte y vigoroso como si estuviera en los dias de la mayor virilidad: cuando toda la Iglesia en masa está hoy orando al Señor para que continúe manifestando mas y mas su poder; cuando esta se hallaba, hasta hace poco tiempo, como agobiada con un peso enorme de tribulacion, y de repente se ha vestido de gala, aun teniendo cautivo

al que es su Cabeza visible: cuando en toda la redondez de la tierra se oye hoy el mismo cántico, se modula la misma salmodia, hacen eco las mismas alegrías, resuenan los mismos ruidos festivos, y retumba toda la tierra con una especie de tempestad de melodías, con la cual los católicos bendicen á Dios por sus misericordias, no puede uno menos de presagiar algo que va á ser nuevo, inaudito y extraordinario en los tiempos y en las cosas.

¿Sabeis lo que es esto, mis amados hermanos? No os lo diré por propia autoridad. El Espíritu Santo nos dice (1), los Santos nos enseñan, y la Iglesia lo confirma, que toda inspiracion santa nos viene de Dios, diciéndonos ademas que, cuando el Señor quiere conceder una gracia, extraordinaria ú ordinaria, envia primero la inspiracion, la gracia de la inspiracion, para que se la pidamos. Ahora, pues, desde aquel momento tristísimo en que Herodes tenia preso á San Pedro, no se habia visto jamás una cosa tan parecida á lo que hoy estamos viendo. Entonces toda la Iglesia se puso en oracion pidiendo á Dios la libertad de Pedro (2); de modo que la Iglesia pedia lo que Dios la habia inspirado que le pidiese, porque se lo iba á conceder. Y hoy sucede otro tanto: la Iglesia entera, en toda la redondez de la tierra, tiene la misma inspiracion, hace la misma oracion, y dirige á Dios la misma súplica, pidiéndole que el gran Pio vea los dias de San Pedro, y hasta que los supere, para que pueda ser testigo del triunfo mas grande que habrá tenido la Iglesia desde los tiempos de Diocleciano.

Y esta es mi esperanza, la misma que no he dudado expresar al mismo Soberano Pontifice hace seis dias, al remitirle un libro que he escrito hace poco, en el cual he afirmado y afirmo que esa Italia efimera, ese reino de agregaciones de rapiña, formado con los despojos mas

(1) *Jacob*, cap. i, vers. 17. (2) *Act.*, cap. xii, vers. 5.

inícuos, y sobre todo con los mas sacrílegos, no es sino *Italia de un dia*; porque ni la legitiman los nuevos principios de derecho reprobado, ni la consolidan las teorías de los hechos consumados, ni la dan sancion los asentimientos tácitos ó espresos de los príncipes; porque estos mandan cada uno en un rincon de la tierra, y Dios, que ha dado á su Vicario un cetro entre los Reyes, manda en la tierra y en el cielo; y si no es mañana, al otro dia, ha de mover á las gentes, y pondrá su lábaro sobre los montes, convocando al Austro y al Aquilon á la guerra, y el Santo Pontífice triunfará, la tiranía será derribada, el derecho legítimo se restablecerá, y una edad de oro se levantará en toda la tierra. Esta es la esperanza de todos los católicos.

VIII. En este dia de gloria y de alegría, el cual es un signo cierto y un pronóstico seguro del triunfo no lejano de la Iglesia, no es justo anunciar desventuras ajenas. Pero sí debo deciros, para avivar vuestra fe, que no os desanimeis porque veais el triunfo transitorio y efímero de los malos. Dios es padre de misericordias, y da tiempo á los hombres para que se conviertan á él, antes que llegue el dia de sus iras: Él detiene los pasos del criminal para que no consume el crimen en su último punto. Así vemos que, cuando un Atila quiso franquear las ondas del Pó y marchar á Roma, para que no lo hiciese, le presentó dos seres inmortales con mirada fulgurante y espada flamínea. ¡Ay de él si no hubiera vuelto atras! Cuando no se oyen estas voces fuertes y amorosas de Dios, y se da el último paso en la carrera de los crímenes sacrílegos, ¡ay, qué terrible se presenta Dios! Oigamos cómo describe un Profeta lo que sucede entonces:

«Dios, dice, viene del Austro, y el Santo del monte Faran: delante de sus pasos va la muerte: detiéndose, y de una ojeada mide la tierra; mira, y disuelve las na-

ciones, y se hacen pedazos los montes de diez siglos, doblégándose sus altas crestas delante del que tiene sus caminos en la eternidad. Él levantará su arco, y lo entensará, y cumplirá el juramento que hizo á su pueblo. El abismo hablará entonces, y las alturas alzarán sus manos. Señor, añade el Profeta: el sol y la luna se detuvieron: al ver el fulgor de tus saetas, marcharán en el resplandor de tu vibrante lanza; y tú, con un bramido, hollarás la tierra, y con tu furor harás que caigan en estupor las gentes; porque saliste para salvar á tu pueblo, te levantaste para salvar á tu Ungido, y derrocaste la cabeza de la casa del impío, echaste la maldición á sus cetros, y al jefe de los guerreros, que venian como torbellino á hacernos añicos (1).»

Todo esto acontece, mis amados oyentes, cuando, cumplido el tiempo de la paciencia de Dios, determina este levantar su mano, y, desenvainando su espada, sale Él mismo á dar batalla á los enemigos de su Hijo y de su Iglesia. Pero escuchad lo que os voy á decir, y conservadlo grabado profundamente en vuestros corazones.

No hay en este mundo mayor nobleza, como decia una Santa mártir á un tirano, que la de ser cristiano: «La servidumbre de Cristo, decia, es mas noble que todo el esplendor de los Reyes (2).» El hombre noble con la nobleza terrena, deja de serlo y empieza á ser vil desde que se encarniza con el débil y miserable: la mayor degradacion de un vencedor es saciar sus iras en el vencido. Hoy, nobilísimos hijos de la Iglesia católica, celebráis un gran triunfo, y teneis indicios ciertos de otro mayor. Pedid, pues, al cielo lo que la nobleza misma terrenal prescribe entre los hombres, lo que la Religion manda, lo que Jesucristo nos enseña, y lo que desea

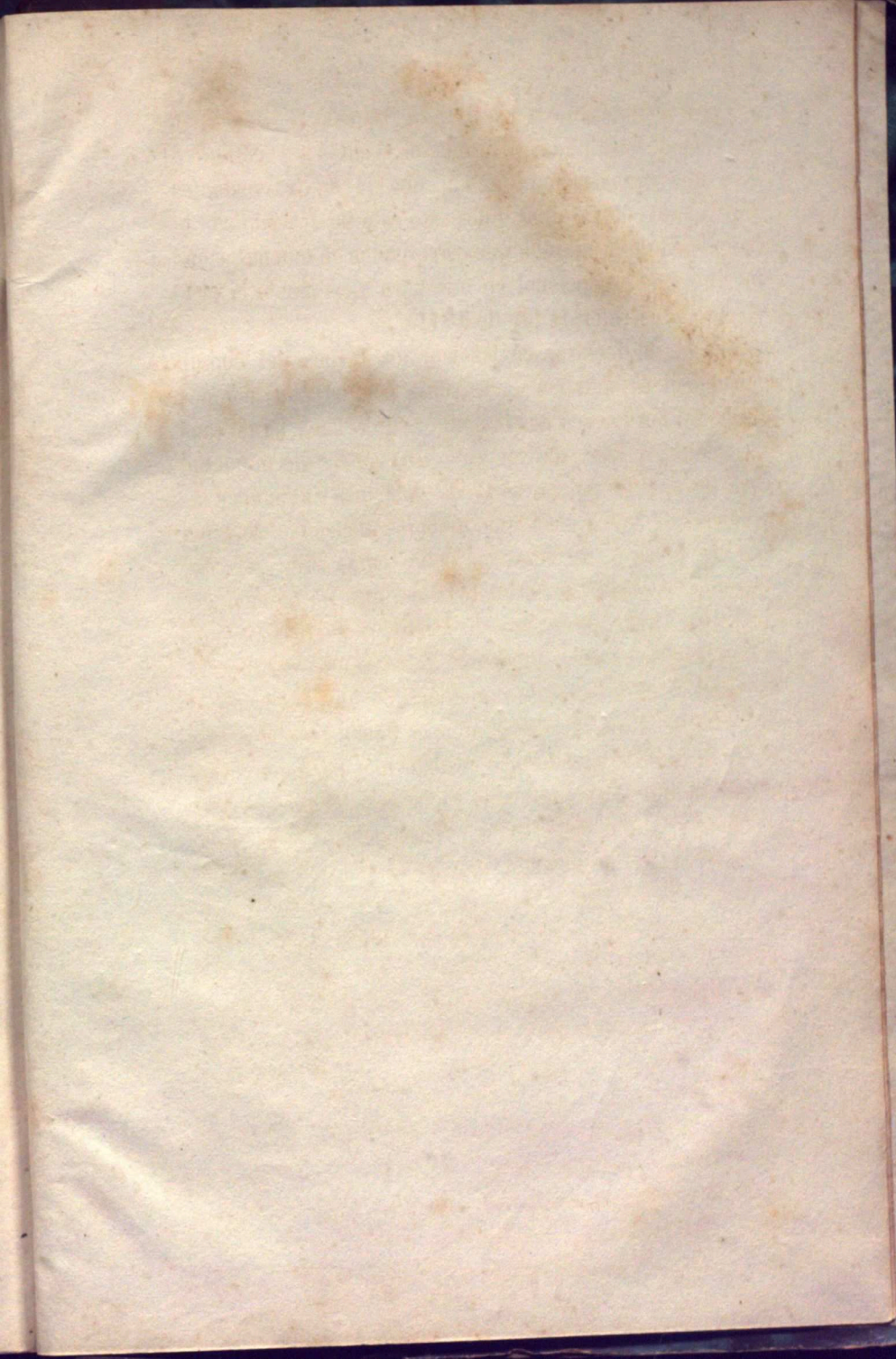
(1) *Habac., orat.* (2) *Act. Mart., S. Agath.*

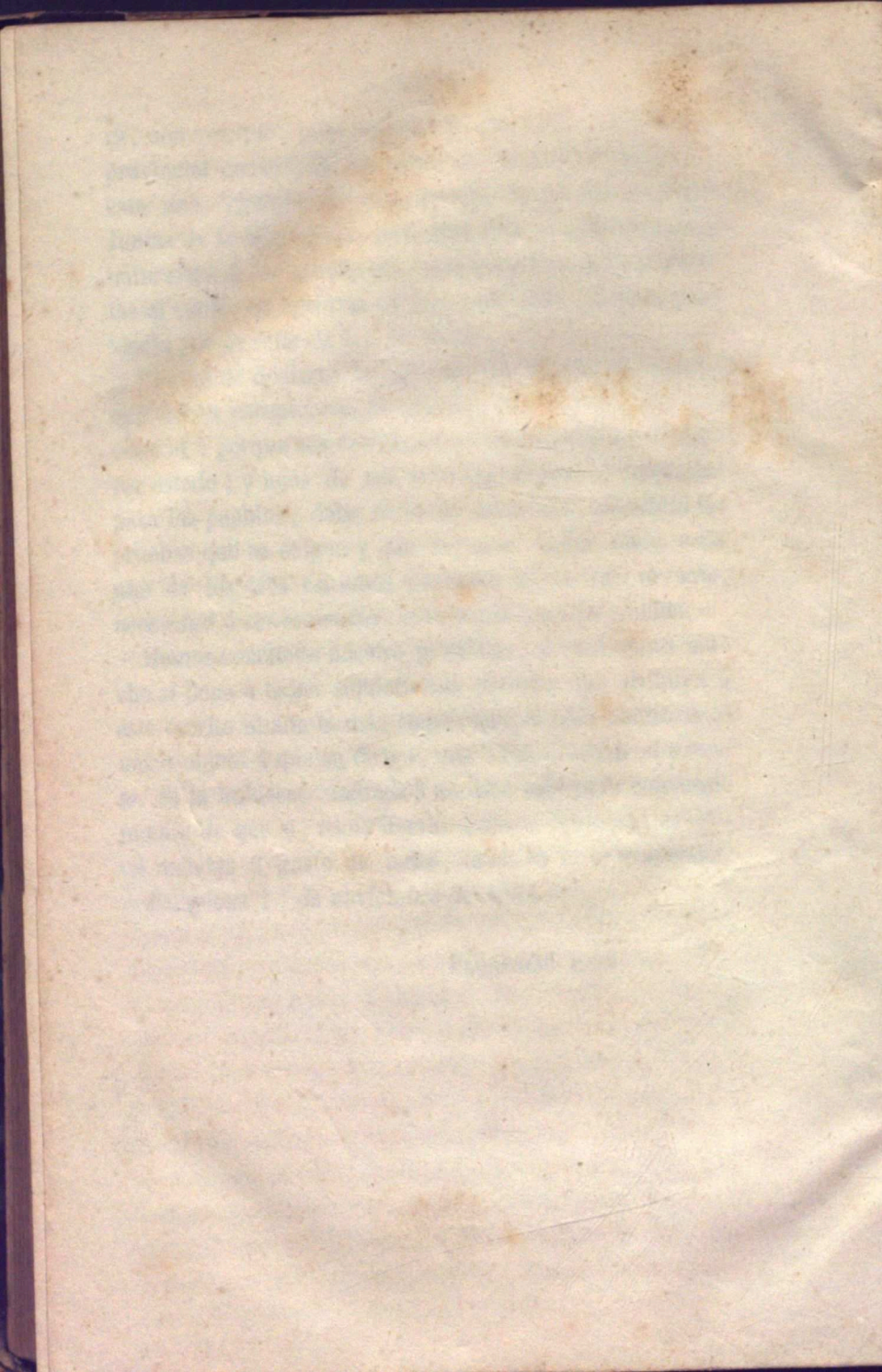
con todo su corazon nuestro inmortal Pontífice Pio IX.

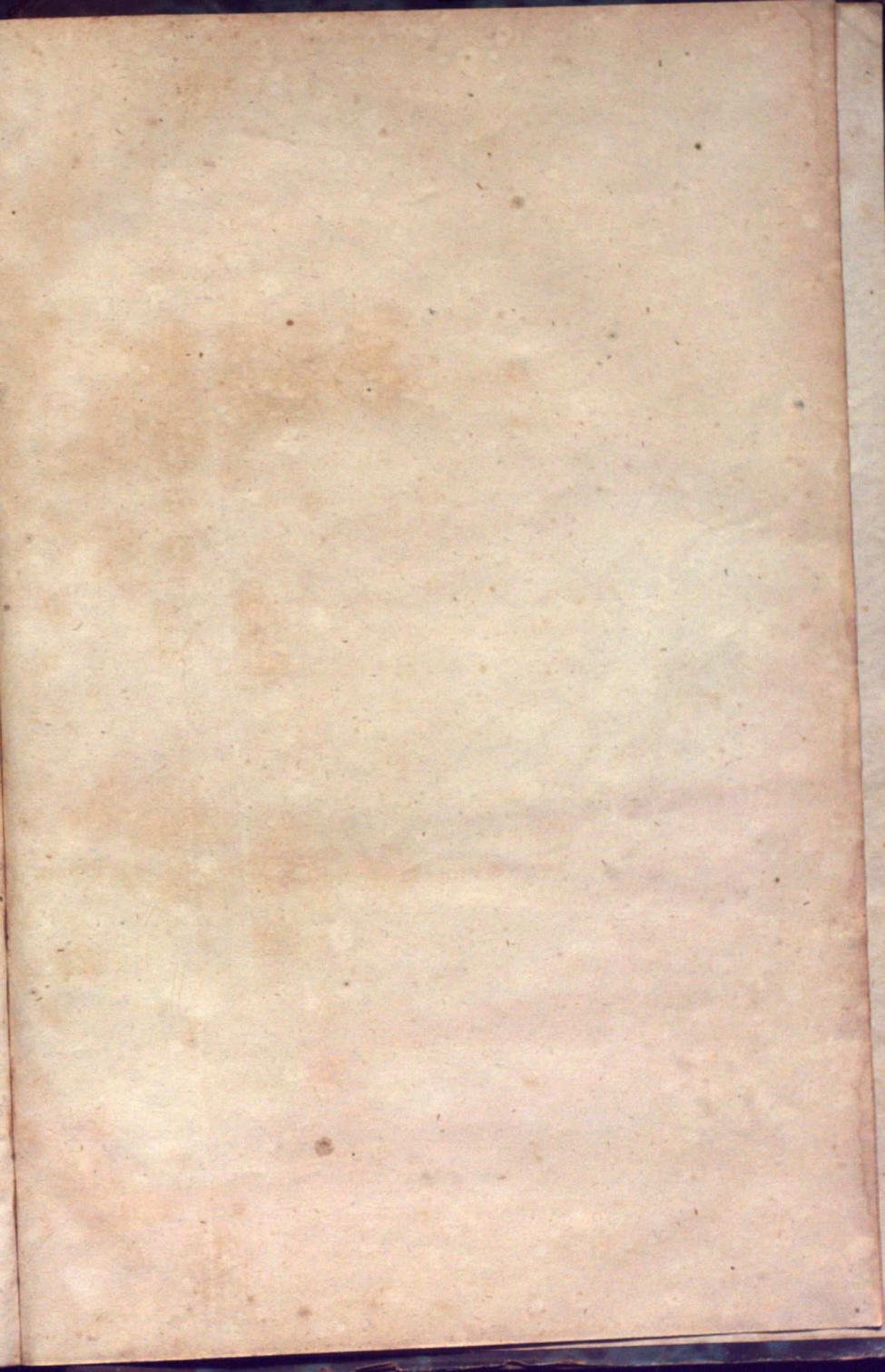
¿Cuál ha de ser nuestra peticion? Paz al mundo; conversion de los pecadores para que no caiga sobre ellos la ira de Dios; vuelta voluntaria y pacífica de los usurpadores del poder temporal del Vicario de Cristo á sus antiguos límites; triunfo de la ciencia de Dios sobre la vana y carnal, de la justicia y del derecho sobre la injusticia y la iniquidad; libertad para la Iglesia católica, perseguida y aherrojada, no tanto por los hombres como por instituciones impías, y numerosos dias de vida para nuestro Padre Santo, á fin de que vea el triunfo de la Religion, la victoria de la santa doctrina y el arrepentimiento de los malos, y despues entone el cántico del anciano Simeon, y diga antes de emigrar al cielo: *Ahora, Señor, deja que tu siervo muera en paz, porque han visto ya mis ojos la salvacion de Israel* (1). Amen: así sea, y tenga el corazon lo que profiere la lengua.

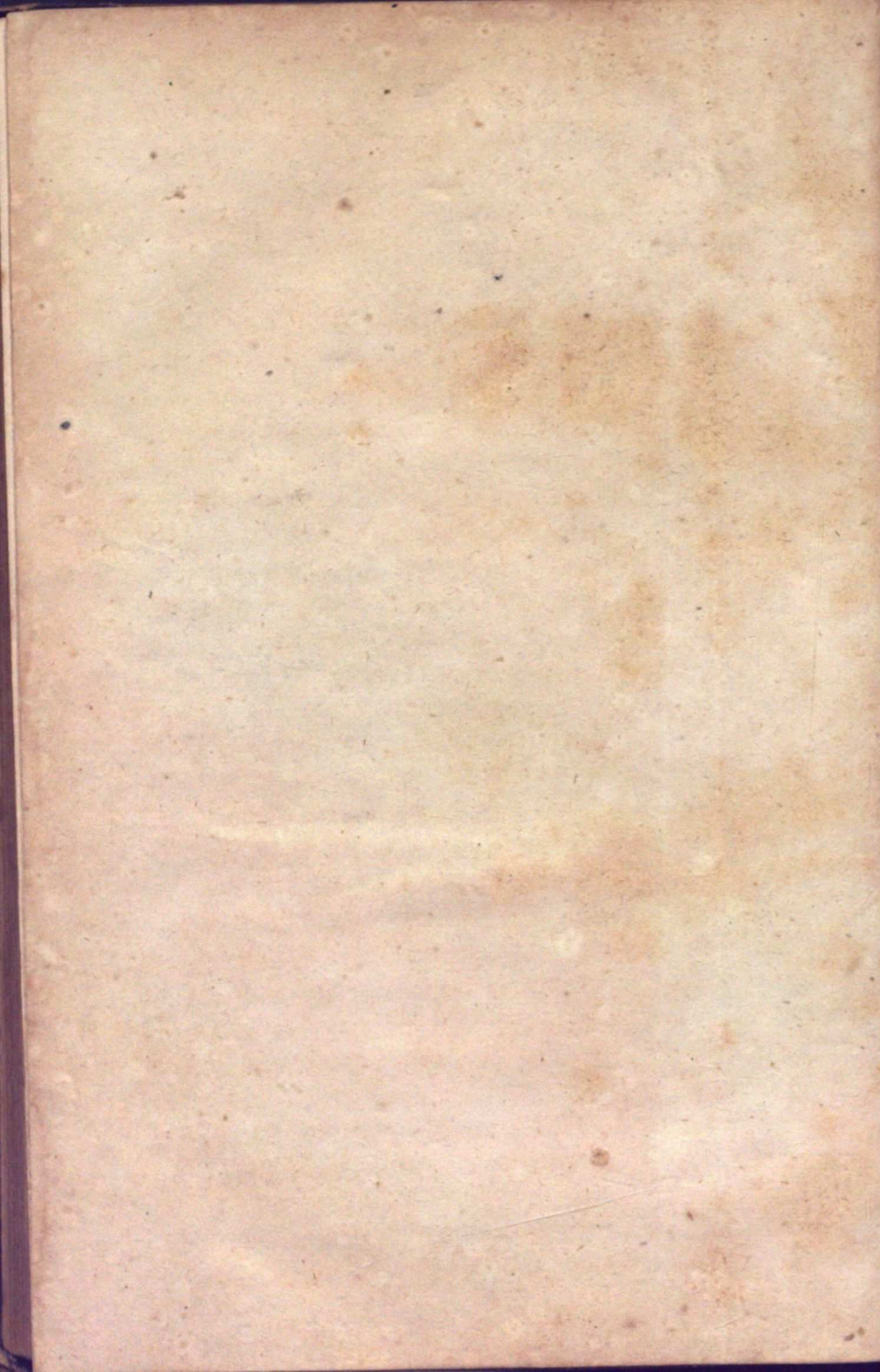
Así sea, mis amados hermanos: á Pio IX muchos años: á los pecadores mucha misericordia: á los buenos mucha gracia para que sean mejores y perseveren: á nosotros todos mucha fortaleza para profesar la verdad, seguir la justicia, y ser defensores de la fe con palabra, con ejemplo y con obras santas: á todos los que están aqui la bendicion celestial, que os doy en el nombre del ✠ Padre, y del ✠ Hijo, y del ✠ Espiritu Santo. Amen.

(1) *Lúc.*, cap. II, vers. 29.









1045151

1045152

1045156

1045162

1045164

1045165

1045166

1045167

1045168

1045169

